

DECIMA JORNADA DE BIOETICA: CUESTIONES BIOETICAS EN TORNO AL AMOR MATRIMONIAL

Prof. Dra. Hna. Elena Lugo, Ph. D.
COMISION DE BIOETICA PADRE JOSE KENTENICH

PERSONA, AMOR Y VIDA

I. Introducción

Para entender y evaluar el tema matrimonio, o específicamente el amor matrimonial en su actualidad, es indispensable esclarecer críticamente el sentido de tres elementos principales que consideramos constitutivos de la vinculación conyugal, a saber: **persona, amor y vida**. Al considerar el ser de persona hemos de tomar en cuenta la identidad y diferencia varón y mujer (alteridad), al pensar sobre el amor hemos de reconocer su orientación mas allá del placer, (trascendencia de la afectividad) y al centrar la atención en vida hemos de precisar la creatividad inherente al amor (fecundidad). El estudio realizado en preparación de esta conferencia nos muestra que precisamente son la alteridad, la trascendencia y la fecundidad en cuanto elementos distintivos de persona, del amor y de la vida respectivamente los que sufren bajo una crisis conceptual y un cierto grado de abandono práctico.

Una breve referencia histórica a las tres revoluciones mas recientes en el ámbito de la sexualidad ofrece un contexto explicativo de la crisis de la alteridad en relación a la persona, asociada a la indiferencia sexual según la ideología de género, de la reducción del amor y el afecto al deseo intrascendente, cónsona con una libertad afirmativa de la elección individual y subjetiva, como de una devaluación de la fecundidad reducida a vida útil según criterio de mera calidad.

II. Referencia histórica

A. Revolución sexual clásica como trasfondo

Como trasfondo a los tres momentos revolucionarios que seguidamente describimos, hemos de reconocer el olvido en que se sumió lo afectivo en la vida moral bajo el imperio de la norma voluntarista, como también la represión de lo instintivo, el instinto sexual en particular, de la época victoriana y puritana.

Si bien Freud tuvo la genialidad de contrarrestar la represión del deseo su concepto del deseo quedo reducido a energía que se mueve en la línea del puro impulso que debe alcanzar un máximo de placer y distensión. El sexo pasó a ser un mero producto que se puede ofrecer por criterios distintos-satisfacción o superación de tensión psíquica

Luego surgió un romanticismo del deseo, como de lo afectivo, en cuanto esfera irracional envuelta en la oscuridad sin explicación, a no ser en términos de una “mística” de la espontaneidad y libertad concebida como mero impulso emotivo sin

referencia a una responsabilidad ante el bien sustentado en la verdad objetiva. La sexualidad suponía un impulso que no tenía que ver con una verdadera relación entre personas.

Realmente se trata aquí de la primera revolución sexual de los 20 en el siglo XX y que supuso la crisis moral asociada a la I Guerra Mundial y la caída del puritanismo con su ecuación: “Dios=Moral=Prohibición=Represión sexual”

B. Revoluciones mas recientes (Canizares Llovera, Antonio Editor) MUJER Y VARON, Madrid: Ucam/Ceu: 2008, Págs. 127-9

1. *La revolución sexual de los años sesenta.* Lo característico de ella es la disociación entre sexualidad y reproducción. La introducción - e inmediata generalización- del uso de contraceptivo constituye uno de los hitos más relevantes del siglo XX. Por primera vez en la historia de la humanidad se confirió, mediante la técnica, un nuevo poder a las personas: el de controlar y reprimir su capacidad generativa, disociándola de su actividad sexual. Nada de particular tiene que, a partir de entonces, se agigantara la dimensión hedónica del comportamiento sexual humano.

2. *La revolución sexual de los años setenta.* Lo que define a esta etapa revolucionaria es prolongación y consecuencia de la anterior, y consiste en la disociación entre afectividad y sexualidad. En la conducta sexual de la persona, la magnificación de la dimensión placentera posibilitó la renuncia o represión de la dimensión afectiva de que aquélla está transida y, por tanto, el desencuentro entre sexualidad y afectividad. Si del sexo puede tomarse sólo el placer, sin consecuencia alguna, ¿por qué habría de seguir ensamblado y comprometido con la afectividad, con el respeto a la otra persona y a su dignidad? Si sólo importa la obtención de placer, ¿por qué no ensayar y probar otras formas innovadoras o alternativas de obtenerlo, tanto en lo que se refiere al género de la persona como a otros objetos y procedimientos de conseguirlo?

3. *La revolución sexual de los años noventa.* Lo que define a esta etapa revolucionaria es consecuencia de las dos anteriores, y consiste, principal aunque no únicamente, en la disociación entre género y sexualidad. La ideología de género es un modo de interpretar la pretendida libertad sexual que brotó de la primera revolución sexual de los 20 en el siglo XX. Intento instalarse en el vacío del caos afectivo y ofrecer orientación. Despierta y enciende el deseo sexual y lo reinterpreta como objeto de consumo –como mas adelante expondré. A pesar de la pobreza antropológica del fundamento de esta ideología se ha presentando hábilmente mediante unos puntos de referencia que han alcanzado una gran aceptación en foros internacionales y desde ellos a todas las sociedades. Identificamos mas adelante sus elementos constitutivos.

4. Resumen: Son muchos los efectos que se han derivado del comportamiento sexual modelado por las anteriores revoluciones. El impacto de la tres revoluciones puede expresarse de modo resumido: En los sesenta se separa la apertura a la vida de la intimidad sexual, en los setenta se separa la intimidad sexual de la interioridad afectiva,

y finalmente en los noventa se desestima la base natural de la sexualidad haciéndola resultante de una libertad individualista centrada en el deseo. Es decir, se despersonaliza la sexualidad: queda la sexualidad ajena a la alteridad entre varón y mujer, pierde la trascendencia inherente al amor, y se desentiende de la fecundidad o vida. Es decir, se fragmenta o mecaniza la unidad persona como corporeidad sexuada orientada a ser don y receptividad de amor en apertura a la vida nueva.

La banalización y trivialización de la sexualidad está contribuyendo, inevitablemente, a su deshumanización.

En cuanto a la deshumanización o despersonalización habría que mencionar un amplio inventario:

- a) la fractura de la masculinidad y feminidad;
- b) los cambios de ciertos roles en la mujer y la aparición del temor en los hombres respecto de las mujeres;
- c) la independencia de un emotivismo utilitario sin sexualidad, al mismo tiempo que sin vinculación alguna al propio sexo;
- d) el aumento del aborto y el divorcio;
- e) la inseguridad y desconfianza respecto de la fidelidad del otro;
- f) la desafección por la maternidad, la paternidad, el matrimonio y la familia;
- g) el rechazo de la propia filiación y el misterio del origen de sí mismo;
- h) la exclusión de cualquier responsabilidad respecto de los propios hijos;
- i) la normalización artificial y forzada de ciertos comportamientos sexuales, hasta ahora inusuales.

Se diría que la conducta sexual humana se ha fragmentado, como consecuencia de las anteriores revoluciones sexuales, hasta el extremo de ser hoy irreconocible en tanto que humana.

III. Exposición de la despersonalización de la sexualidad y sus desafíos al matrimonio

Aun si no son los únicos seguidamente explicaremos los desafíos ya identificados:

- La reducción del afecto al deseo y su afirmación según una libertad individualista (desafío a la trascendencia),
- La indiferencia ante la diversidad entre varón y mujer (desafío a la alteridad)
- La fragmentación del vínculo entre amor matrimonial y vida (desafío a la fecundidad)

Es decir, la despersonalización de la corporeidad sexuada y así la correspondiente banalización y trivialización de la afectividad, la desnaturalización de la reciprocidad varón/mujer, y la separación de amor y procreación hacen al matrimonio una realidad cambiante y negociable como la ideología de género propone al sugerir leyes que cobijen a parejas de varones o de mujeres.

Pero, aun en su dimensión más profunda la banalización y la trivialización del amor matrimonial revela una crisis espiritual que apunta a una incapacidad de donación y

gratuidad de parte del corazón humano, es decir, de un empobrecimiento de la ternura como núcleo de la intimidad matrimonial.

A. Desafío a la Trascendencia. Iniciamos la exposición con el desafío que bien puede revelarse como una “crisis de la afectividad” - reducción del afecto al deseo afirmado en libertad subjetiva, ocultando la verdad trascendental del afecto.

1. La trivialidad del deseo incluye la interpretación del deseo sexual como prueba o experimento vital que cada persona tiene que realizar en su vida y que depende de la habilidad personal para que sea positivo o negativo. Se ve la experiencia sexual como objeto de consumo maleable en busca de resultados que satisfacen según criterio de la intensidad del placer y no según significados o bienes de la persona en si capaces de fascinar y elevar. Se esfuma el misterio de la intimidad sexual y se instala la banalidad pues el placer que se experimenta no llena la amplitud enorme del deseo en su trascendencia afectiva que compromete a la persona en su totalidad en una vinculación de amor. Es decir, el placer es mucho menor que aquello que realmente despierta y dirige el deseo a la plenitud de la vida o fecundidad. La simple repetición de actos sexuales no apaga el deseo sino que puede dar por el contrario una sensación mayor de vacío que busca colmar con nuevas experiencia siempre mas intensas pero que culminan en tristeza, hastío o perdida del autentico sentido de la actividad sexual, y soledad. Es decir, la satisfacción no representa la autentica medida del deseo el cual es el amor oblativo y creativo. La sexualidad en este contexto se presenta como neutral y lúdica para ser construida según la libertad individual y subjetiva.

2. La banalización del deseo supone la noción de la libertad como el modo de seguir un impulso que se justifica a si mismo y que ha de ser despertado inclusive de la determinación de auto afirmarse rompiendo con cualquier limitación. Decidir sobre el bien y el mal seria la nueva libertad que el hombre habría alcanzado al dejarse llevar por el deseo como fuente de liberación. En nuestra cultura se puede observar una cierta tiranía del deseo que lo invade todo y quiere dominarlo todo. Es una sociedad de consumo que funciona a base de crear nuevos deseos en gran medida artificiales a base de un cálculo utilitario de crecimiento económico.

3. El deseo exacerbado sin más referencia a la verdad que su simple intensidad, no se deja usar sino que mas bien tiende a dominar cada vez mas a un sujeto emotivo vencido por la inclinación inmediata, incapaz de ordenar sus afectos y que pierde entonces el fin de su accionar. Es decir, encender un deseo y después pretender que no signifique sino placer, no hace sino vaciar su significado y que la persona pierde el llamado a plenitud que contiene con lo cual arruina la esperanza del amar

La fuerza imperiosa de un deseo prepotente, debilita el amor que queda sumido en una cierta obscuridad o deja de ser la “luz de la vida” que conduce a la plenitud. De hecho se llega a considerar al mismo amor como un contenido ajeno al sexo y que el hombre puede elegir o no el introducirlo al modo de vivir su sexualidad. Se confirma el efecto de la tercera revolución ya reseñada. Se transforma así el amor mismo en una especie de

intención benevolente sin mayor contenido y ajena en el fondo a cualquier dimensión de la corporeidad humana como si fuese algo exterior a la intimidad de la persona en su condición de corporeidad sexuada en cuanto riqueza enorme que ha de entregar a quien pueda recibirla como un bien personal.

4. Resumen. El dominio despótico del deseo y el empobrecimiento del amor, no son sino una pérdida del valor personal de la sexualidad que queda oculta, incluso falseada, por una aparición de una libertad reducida a la autoafirmación desoladora. Sexualidad de prueba y libertad de elección a la que invita con insistencia la teoría de género esta lejos de ser ingeniosa: en verdad la sexualidad no se prueba primero, para elegir posteriormente lo que mejor corresponda al propio deseo. Mas bien la sexualidad, como se reafirmara en el curso de esta jornada, reclama en si misma una entrega, un compromiso de la libertad en el cual esta incluida la propia identidad en reciprocidad con el otro amado, una promesa de plenitud mas allá de la satisfacción individual, y una ternura que afirma el ser de la persona y lo abre a la vida nueva, en una triada del tu/y el yo hacia un nosotros y un vosotros.

La sexualidad interpretada fuera de la verdad propia al deseo, es decir, desvinculada del afecto en el amor dependiente de la trascendencia, pero también de la alteridad, y fecundidad se expone a la manipulación de la ideología del genero como bien anunciamos en el segmento sobre el trasfondo histórico y que seguidamente explicamos.

B. La indiferencia ante la diversidad entre varón y mujer (desafío a la alteridad o “crisis de identidad”).

Este desafío se sustenta en la ideología del género cuyos elementos constitutivos son:

1) Igualdad entre el concepto persona y el de la libertad, interpretando a esta como medio para realizar la persona según criterio individual y subjetivo, y como poder para controlar y manipular sin límites o autoridad su vida según deseos propios. Se trata de la sensación de crecimiento personal a partir de actos de elección en cuanto que ve la libertad esencialmente como la capacidad de elegir y sentirse subjetivamente, como afirmación de si con el único límite de permitir a otros esa misma afirmación del proyecto vital y sentirse especialmente libre en las elecciones sexuales con opciones sin límites excepto la violencia. Elegir algo llega a ser fuente de derechos y cualquier negativa se puede presentar como represión injusta de la libertad.

2) La indiferencia en el sentido de un rechazo del fundamento a la libertad en el amor o en el vínculo personal de la relación varón y mujer. Se rechaza explícitamente la identidad de la persona en su base natural o como algo dado para ser reconocido y afirmado. De aquí la reducción de las relaciones personales a mera igualdad y de la diversidad. Solo así se asegura al individuo el que se le deje ser como quiera, diverso y sin criterio que le diferencie.

3) Como tercer elemento de la ideología de género esta la estrategia lingüística de manipular el lenguaje para opacar el sentido ontológico del amor matrimonial entre

varón y mujer. Se trata en general de opacar la alteridad ontológica con la propuesta de la indiferencia, que acompaña como vimos la trascendencia del afecto reducida al deseo sexual como bien de consumo, y según veremos mas adelante, la fecundidad como un apéndice opcional a la intimidad sexual.

(a) La primera manipulación del lenguaje es la de sustituir género por sexo. La palabra sexo hace referencia a la naturaleza e implica dos modalidades (varón y mujer), mientras que el término género proviene del campo de la lingüística donde se aprecian tres variaciones, femenino, masculino, neutro. Como cuando hacen las feministas de género se aplica el término para distinguir sexos, se pretende que las diferencias entre varón y mujer no correspondan, excepto a diferencias morfológicas, a una naturaleza o esencia significativa recibida, sino que sean meras construcciones culturales hechas según roles y estereotipos que en cada sociedad se asignan a los sexo y que están por eso sujeto a cambios culturales como abierto a la elección individual. La idea que se intenta instalar es que si no existe una esencia masculina o femenina se puede cuestionar de que pueda existir una forma natural de sexualidad humana.

b) Favor de consultar el **Apéndice I** para otras ilustraciones de la manipulación lingüística.

C. Fragmentación del vinculo entre amor matrimonial y vida (desafío a la fecundidad o “crisis de la dignidad inherente a la vida”)

1. El contraceptivo contradice la integridad o unidad en la complejidad físico-psíquico-espiritual del ser persona y mantiene en su lugar un dualismo ya desacreditado en teoría y práctica antropológica. Es decir, el contraceptivo sugiere una imagen del ser humano como autoridad proyectiva de una razón instrumental alienante de la naturaleza física. A lo corpóreo se le trata como mero mecanismo biológico sin sentido propio o como objeto axiológicamente neutral para ser manipulado y controlado según decretos humanos de matiz individualista y hasta hedonistas en desafío del orden natural.

2. Se trata de un atribuir al espíritu o razón humana plena autonomía en determinar el sentido del acto matrimonial sin auto-regularse tomando en cuenta la estructura y dinámica corpórea en cuanto creativa de la vida, es decir; separa al cuerpo y lo hace irrelevante a la hora de imponer la intención subjetiva de reducir el acto matrimonial a tan solo una de sus dos dimensiones: la de unidad afectiva.

3. Además de dualista, la mentalidad anti-conceptiva puede ser subjetivista y egocéntrica como individualista al colocar prioridad exclusiva en la expresión de amor conyugal en menoscabo de la extensión de ese amor a otra vida nueva como trascendencia creativa del amor en sí. El acto matrimonial dependerá para su sentido y valor de lo que el amor como experiencia de sentimiento subjetivo y de consenso de la pareja determine, con lo cual pueden optar o no por la procreación haciéndolo extrínseco al acto conyugal en sí.

4. En este contexto la fecundidad se configura como un bien instrumental para la persona y no de la persona como la visión orgánica sugiere al integrar la fecundidad a la ontología del ser persona. Según la mentalidad contraceptiva la persona otorga o

conscientemente selecciona el significado, valor y propósito del proceso biológico, con lo cual separa alma y cuerpo en cuanto elementos substanciales del ser.

IV. Raíz existencial de los desafíos al amor matrimonial

Para concluir esta presentación de los desafíos a la persona, amor y vida constitutivos de la vida matrimonial, preguntamos si la postura ética de menosprecio ante la trascendencia, la alteridad y la fecundidad, en cuanto rasgos distintivos del amor matrimonial plenamente personalizado, revela alguna actitud fundamental y existencial en la convivencia personal. Reconocemos que una actitud fundamental ante la vida influye en la expresión de nuestro ser y actuar diario, matiza la afectividad y la dinámica de la interacción personal, y en general afecta la salud como al bienestar general.

A. Por ser las actitudes fuerzas motivadoras que influyen en el esclarecimiento cognoscitivo, en la perseverancia de la voluntad como en el ardor del corazón le reconocemos una función radical en la ética en cuanto estilo de vida según convicciones de arraigo personal. Creemos por consiguiente instructivo preguntar sobre si opera alguna actitud fundamental que representa una base existencial que propician los ya enunciados desafíos al amor matrimonial.

Postulamos que la idolatría del deseo sustentado en la libertad individualista, la indiferencia ante la alteridad constitutiva de la identidad varón/mujer, como también el instrumentalizar la vida nueva como opción separada de la intimidad, bien pueden revelar alguna actitud destructiva del espíritu mismo de la vida matrimonial. Dicha actitud destructiva bien puede ser el vacío de ternura entre los esposos. Este vacío hace perder el sentido del asombro, de la frescura en el amor y de la misma sexualidad en la intimidad sponsal, y lleva a la monotonía, a la soledad, a la dureza, a la conflictualidad e inclusive a la separación. (Rochetta, Carlo. "La ternura, alma del sacramento nupcial" *FAMILIA ET VITA*, X, 1,2005, Págs. 18-29). El vacío de ternura puede asumir diversas modalidades como la cólera, el miedo, la tristeza, todas ellas de alguna manera dañinas de la auténtica intimidad afectiva

1. Cólera. Nos dice Rochetta que la cólera es un estado de ánimo caracterizado por una rabia irracional contra todo suceso y contra toda persona, es decir, una irritabilidad persistente y espontánea que contempla vengarse de cualquier evento adverso.

a) A nivel personal la cólera es una actitud dominante que matiza la visión del presente como amenazante, e insistente en que la culpa de las desdichas propias debe atribuirse a otros. La impaciencia, la intolerancia, la crítica negativa incapacita a la persona de actitud fundamentalmente colérica (no confundir con la categoría temperamental del mismo nombre) a vivir en alegría y servicialidad amorosa a las personas en su entorno.

b) A nivel matrimonial las comunicaciones del colérico, por lo general, carecen de expresiones de estima, y su diálogo es deficiente en serenidad y en apertura confiada hacia el interlocutor. Más bien se muestra acusador y culpabilizante.

2. Miedo. El miedo es un estado de ánimo que causa ansiedad compulsiva y repetitiva. Se vive en una condición de continua preocupación ante las posibles pérdidas de aquellos bienes que parecen garantizar seguridad y estabilidad personal.

a) A nivel personal se orienta hacia el futuro previendo con carácter de probabilidad grandes desastres. No cuenta con una experiencia de Dios como ser digno de confianza filial, ni tampoco de aprecio positivo de si mismo o de la vida en cuanto tal.

b) A nivel matrimonial se comunica con intensidad emocional sujeta más al estado de ánimo del momento que a consideraciones reflexivas de referentes objetivos y realistas. Su interacción matrimonial es singularmente inestable, complicada por la inseguridad emocional y en general es frágil en su armonía conyugal como propicia a la ruptura en su unidad.

3. Tristeza. La tristeza, según el auto citado, corresponde a una actitud radicalmente pesimista hacia uno mismo y hacia los demás, hasta llegar a auténticas formas de depresión. Sugiere una percepción de la existencia según una actitud de vulnerabilidad y victimista como si no existiera posibilidad alguna de gozar o de esforzarse sin fracasar. La tristeza como actitud fundamental resta vitalidad a la existencia y predispone a los diversos estados depresivos.

a) A nivel personal, el triste se encasilla en la resignación fatalista. Prevalece el recuerdo del pasado como oportunidades perdidas para lograr lo que anhelaba y nunca más podrá hacerlo, el presente no le motiva y ante el futuro prevalece su convencimiento de que ante nada se justifica una esperanza o un emprendimiento vital. La autoestima hacia si y la desconfianza ante otros y ante Dios predominan

b) A nivel conyugal la comunicación se distingue por su carácter recriminatorio, negativo y críticas destructivas del vínculo afectivo. Predomina la inquietud, la insatisfacción y el sentimiento de fracaso sin motivación de superación o de modificación de la conducta.

B. Pensamos que el antídoto ante los sentimientos opuestos y dañinos al amor matrimonial, y por eso, la actitud fundamental para la vida matrimonial plenamente personalizada en sus rasgos ha de ser la **ternura**. La ternura es un sentimiento fuerte arraigado en la realidad profunda del yo espiritual corpóreo y de su existencia en “relación con y para” que llega a todas las esferas de la persona, sea la biológica, la psicológica como la espiritual trascendental. Esta recomendación será el contenido principal de la última conferencia

1. Como anticipación de nuestra presentación final identificamos la ternura, con sus varios matices y funciones ante las actitudes negativas en la vida personal y en la convivencia.

a) Para superar la cólera, la ternura se presenta como incentivo para demostrar afecto, respeto de si como de los demás al igual que como condición para la simpatía y la empatía. b) En contraste al miedo, la ternura es confianza en lo que cada uno es desde su interior y en lo que aun se puede ser a la luz de la creencia practica en la Divina Providencia.

c) Ante la tristeza, la ternura revela la conciencia de que la existencia merece ser vivida como una encomienda que recibimos del Creador. Por medio de la ternura se aprende a vivir en la experiencia de dar y recibir amor en cada nivel de la vida personal, hacia si mismo, hacia el semejante, hacia el cónyuge y hacia Dios

APENDICE I Manipulación del lenguaje de parte de la ideología de género

1. *Maternidad* sustituida por «rol»

Se diga lo que se diga, la constitución psico-física de la mujer muestra una disposición natural para la maternidad.

Todo lo que se sale de este cauce es ciencia ficción. El hecho del embarazo y posterior nacimiento implica para la madre un verdadero don de sí misma: es verdad que el ser padres pertenece a los dos, pero «es una realidad más profunda en la mujer, especialmente en el período prenatal. La mujer es "la que paga" directamente por este común engendrar, que absorbe literalmente las energías de su cuerpo y de su alma. Este modo único de contacto con el nuevo hombre que se está formando crea a su vez una actitud hacia el hombre -no sólo hacia el propio hijo, sino hacia el hombre en general-, que caracteriza profundamente toda la personalidad de la mujer.

La maternidad de la mujer, en sentido biofísico, manifiesta una aparente pasividad: el proceso de formación de una nueva vida "tiene lugar" en ella, en su organismo, implicándolo profundamente. Al mismo tiempo, la maternidad bajo el aspecto personal-ético expresa una creatividad muy importante de la mujer, de la cual depende de manera decisiva la misma humanidad de la nueva criatura» (Juan Pablo II, 1988, párr. 18). El «rol» se relaciona con el papel que representa un actor en el teatro, por lo que trasmite la sensación de algo artificialmente impuesto a la persona. La mujer que tiene un hijo no estaría representando el papel de madre, sino que *sería* una madre. La cultura influye en los modos de ser responsable de la maternidad, pero no crea madres (O'Leary, s.f., pp. 20-21). La maternidad es por lo tanto en la mujer un «don», nunca un «rol».

2. *Heterosexualidad* sustituida por «opción heterosexual».

Puesto que la heterosexualidad deja de ser obligatoria, se convierte en uno de los varios casos posibles de práctica sexual. Ni siquiera es necesaria para la procreación, puesto que en una sociedad «más imaginativa» como la que se propugna, se practican otras técnicas para la reproducción biológica (Harmann, 1981, p. 16).

3. *Procreación* sustituida por «reproducción biológica».

Para eliminar las clases sexuales hace falta que la mujer se rebele y se haga dueña del control de la reproducción. Volverá a ser así dueña de su cuerpo y controlará la fertilidad humana: nuevas técnicas reproductivas, nacimiento y posterior cuidado de

niños. Desaparece por lo tanto la *procreación* como fruto del amor entre un hombre y una mujer.

4. *Hombre* sustituido por «género humano».

Es de esperar que ya no se pueda hablar de «hombre» y «mujer», puesto que eso sería una mentalidad puramente biologicista. Hay que referirse a las distintas orientaciones sexuales del «género humano», porque el ser humano nace sexualmente neutral y sólo después es socializado en hombre o mujer. Pero la palabra «*hombre*» es más rechazada que «mujer». De hecho, es considerada como un término pequeño e injusto para denominar al «género humano» cuando se utiliza en sentido general.

La palabra «hombre» tiene un origen diferente en las lenguas románicas y en las germánicas. En las románicas está relacionada con la raíz indoeuropea **khem* (tierra, raza, cría) y *felix* (que significaba en latín ni más ni menos que «fértil»). Hoy tenemos como derivada de esta raíz indoeuropea la «mujer» francesa, *femme*. De la raíz latina *mulier* se derivan «mujer» en español, *moglie* en italiano y el préstamo español al francés *mouquère*. De la raíz indoeuropea **dem-* («casa», «construcción») viene en latín *domus* (casa) y *dominus* (amo). Derivadas de éstas hay varias, como «domicilio», «dominio», «doméstico», y también «dama» y «doña» en español, *dame* en francés, *donna* en italiano y *dona* en portugués. Mujer, en inglés, *woman*, es una alteración de *wifeman* (la mujer del hombre). De la raíz indoeuropea **per-* (adelante), que da en gótico *fra-* (procedente de), viene, además del *from* inglés (procedente de), la «mujer» en alemán: *Frau* (aquella de quien se procede).

5. *Familia* sustituida por «tipos de familias» o «comunidad».

En su afán por eliminar a la familia como célula de la sociedad, los ataques que ésta sufre por parte de los ideólogos de género son muy variados. Unos van dirigidos a la discriminación que supuestamente sufre la mujer en el entorno familiar, olvidando que el matrimonio tiene como condición para celebrarse el que hombre y mujer consientan en ello libremente, y otros se refieren a la nociva influencia en los hijos:

Las responsabilidades que la familia acarrea a la mujer serían las causantes de que ésta vea abortados sus proyectos profesionales. La familia no sólo esclavizaría a la mujer, sino que condicionaría a los hijos desde el principio para que aceptasen como válida por naturaleza la institución familiar fruto del matrimonio y la maternidad. Por ejemplo, se considera que, en la familia, a un adolescente que tuviera dudas sobre su «orientación sexual» no podría ayudársele: «La familia, por el momento, no suele ser terreno idóneo para clarificar esas dudas. Si la comunidad educativa también les cierra sus puertas van a desarrollar su identidad personal desde la frustración, la ignorancia y el miedo» (COGAM, 1999, Pág. 1).

La familia sería también la culpable de la represión que obliga a aceptar unos papeles o roles preestablecidos, especialmente el de que la mujer esté sometida al varón. La

familia, según las feministas de género, es la que crea y apoya el sistema de clases de sexo.

No hay una sola forma de familia, la llamada «familia tradicional», sino que existen más posibilidades, según la conducta sexual de los miembros de esas «otras clases» de familia. No está de más, por lo tanto, en este contexto de «re-definición» de la familia, aportar una que podría suscribir cualquiera: «En todas las épocas y lugares del mundo, *familia* se puede definir como un hombre y una mujer unidos mediante un pacto matrimonial socialmente aprobado para regular la sexualidad, engendrar, criar y proteger niños, proporcionar cuidado y protección mutua, crear una pequeña economía doméstica y mantener la continuidad de las generaciones, las que vinieron antes y las que vendrán después» (Carlson, 1994, Pág. 3).

6. *Virginidad* sustituida por «soltería».

No se puede entender la virginidad sin comprender el Amor de Dios, por un lado, y el amor esponsal, de «don de sí mismo», por otro. Por eso no es de extrañar que para algunos sea difícil de asimilar. «En la virginidad entendida así se expresa el llamado radicalismo del evangelio: dejarlo todo y seguir a Cristo (cf. Mateo, 19, 27), lo cual no puede compararse con el simple quedarse soltera o célibe, pues la virginidad no se limita únicamente al "no", sino que contiene un profundo "sí" en el orden esponsal: el entregarse por amor de un modo total e indiviso» (Juan Pablo II, 1988, párr. 20)